Jesús Astirraga, Javier Usoz y Juan Zabalza, *The Economic Legacy of José Joquín Mora. Spreading Classical Political Economy in the Hispanic World*, Palgrave-MacMillan, Palgrave Studies in the History of Economic Thought, Cham (CH), 2024, xvii + 339 p.

José Manuel Díaz Martín
Investigador independiente

José Joaquín Mora, un autor tan popular en la primera mitad del siglo XIX como olvidado en la del siglo XXI, ha sido, en los últimos años, una continua fuente de investigaciones para los profesores Astirraga, Usoz y Zabalza. Los ensayos producto de las mismas, difundidos previamente en distintos actos académicos nacionales e internacionales, han encontrado en el presente libro su definitivo acomodo. Sin que su nueva publicación se justifique sólo por ese trabajo de compilación, ordenación y ajuste de textos previos. Al conjunto lo acompañan unos muy útiles apéndices bibliográficos: uno sobre la producción escrita de Mora y que es la recensión más importante y detallada hasta ahora existente de la misma, perseguida entre anónimos y pseudónimos, periódicos y obras de efímera vida que lo convierten en un autor particularmente escurridizo; y otro completísimo de estudios sobre esa obra y pensamiento. El presente supone, pues, gracias a un trabajo ímprobo de documentación, un hito en la historiografía sobre este ideólogo, un autor menor por su pensamiento (es divulgador del ajeno, sin ninguna gran obra significativa ni aportación original, como la que hiciera Balmes –a quien sustituyó en el sillón de la RAE– al anticipar la teoría del valor subjetivo de los bienes, ni destacado por su visión crítica sobre los materiales con que trabajaba, como la tuvieron el profesor Brañas o Joaquín Costa, por lo que el lector no lo encontrará, pues, en los monumentales trabajos dirigidos por Mario Aguer o Luis Perdices sobre nuestros economistas más conspicuos) pero mayor por la repercusión práctica de su intensa actividad (periodista, educador, editor, traductor, cargo a sueldo de distintos gobiernos).

Siendo un autor nacido en España y que desarrolló casi toda su actividad entre el país de su cuna y las nacientes repúblicas americanas surgidas de la destrucción del mismo, podría sorprender que el libro haya aparecido en inglés, pues su público primario, es de suponer, es hispano. Lo que es verdad sólo en parte. Ciertamente, como pone de manifiesto la bibliografía del texto, la mayor parte de la producción sobre Mora ha venido haciéndose en castellano, pues castellana fue la lengua que utilizó en casi todas sus obras. Pero los trabajos mayores sobre su figura, desde la tesis de B.D. Trease, *José Joaquín Mora: A Spaniard abroad* (1953), hasta el más reciente trabajo, también fruto de una tesis doctoral, de Sara Medina (*José Joaquín Mora and Britain: Cultural Transfers*

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales, año 28, nº 63. Tercer cuatrimestre de 2026. Pp. 545-550. ISSN 1575-6823 e-ISSN 2340-2199 https://dx.doi.org/10.12795/araucaria.2026.i63.26

and Transformations, 2022), han sido en inglés y lo han colocado, de manera muy correcta también, en la órbita del pensamiento anglosajón. Parece, pues, de justicia que el ensayo que más profundiza en la vertiente económica de su obra, aquella a la que Mora dedicara sus mayores desvelos, aparezca también en inglés, al margen de los beneficios que hoy conlleve este gesto desde el punto de vista académico. Aún más: se puede considerar un homenaje a un autor decididamente anglómano, apóstol del moderno pensamiento británico en castellano y un agente de aquel imperio y su expansión en territorios hispanos. Y, sin duda, el británico fue el pensamiento que mejor conocía, a distancia de la tradición de la que procedía, como advertirá cualquier lector de su anónimo *Roman Catholicism in Spain* (Edimburgo, 1855), una obra ya de madurez y pieza escasamente estudiada de la leyenda negra española de cuño patrio que surgirá al calor del naciente liberalismo, sin el cual no sería posible entender que dicha leyenda se convirtiera (y continúe siendo) vulgata entre las élites hispanas a uno y otro lado del Atlántico.

Y en esta clave nos gustaría dar a conocer el libro en cuestión. Desde luego, en sus páginas queda bien asentado qué autores del pensamiento económico británico de los siglos XVIII y XIX leyó y tradujo Mora, qué otros adaptó y difundió a lo largo de los años en territorios hispanos, con qué grado de detalle o de fidelidad lo hizo, cómo fue evolucionando dentro de esa órbita, etc. Sin embargo, la importancia que otorgamos al libro no reside tanto en ese impagable trabajo de erudición, de aclaración de fuentes, de periodización de su pensamiento (que todo eso se hace detalladamente en este libro, asimilando así a su protagonista a autores mayores –su trayectoria no deja de recordar, salvando las distancias de talento y talla moral, a la de otro todoterreno de la época: el norteamericano Henry George–), sino en el valor que tiene para ayudar a comprender a cualquier lector las transformaciones que sufrió en el siglo XIX el complejo mundo hispánico en su conjunto (pues sin contemplarlo en su conjunto no se entiende lo particular de cada uno de los fragmentos que quedaron de la desmembración de la Monarquía hispánica). Y dos son los aspectos relevantes de esos cambios en los que nos invita a profundizar: por un lado, el del papel en los mismos de unas élites tanto criollas como peninsulares, en su mayoría de obediencia masónica, que parecieron dedicarse a servir los intereses políticos y económicos británicos; y, por otro, el recableado, por decirlo de alguna manera, del sistema de difusión de los saberes –instituciones educativas, editoriales, periódicos–, los funcionales a la reordenación de las repúblicas hispanoamericanas al servicio de sus nuevos dueños exteriores (presentado, obviamente, como "paso de la esclavitud a la independencia" (p. 98) y adquisición de "civilización y virtud" (p. 104) para el ejercicio de lo que hoy llamaríamos un "poder blando", y cómo consiguieron el reencantamiento del mundo a través de las ideologías como arma de manipulación (apelando, por ejemplo, a viejas instituciones de fundamentos ya olvidados, les daban una lectura radicalmente nueva al servicio de nuevos fines –cf. p. 123-124 a propósito del derecho de gentes–), pues se trataba de convencer con ellas sobre

la consistencia de lo que se ve, y ya no de cosas que no se ven, como se suponía que hacía la religión para los creyentes.

Y es que el período de actividad de José Joaquín Mora, que se extiende entre 1814 y 1864, se correspondió al largo período de la llamada por algunos Revolución española, destinada a completar el designio marcado un siglo antes en Utrecht (1713): el fin de la independencia del país. Un período en el que las transformaciones (frente a lo que puede dar a entender engañosamente el término 'revolución' empleado, como aquí, en clave política) no vinieron determinadas por un gran levantamiento popular (o incluso por las constantes asonadas que el propio Marx, en sus artículos homónimos, señalara como versión hispana de lo mismo) que las persiguiera, sino que las convulsiones fueron más bien el efecto de las transformaciones padecidas, sufridas, que consistieron, básicamente, en la subordinación –por vía ideológica primero, y posteriormente a través de un lento ajuste institucional-, de la Monarquía hispánica y sus territorios a los intereses (esencialmente económicos) británicos. Y, en este sentido, no fue –ni podía ni debía ser– propiamente una revolución burguesa (el de Tréveris, al fijarse en exclusiva en el aspecto político de aquella "Revolución"–el pueblo en armas, la autoorganización desconcentrada frente a la centralización–, se quedó anclado en el elemento romántico que rodeaba el término "España" en los círculos intelectuales europeos, y la separó de su dimensión americana, como se insistirá después): fue una transformación auxiliar, al servicio de la revolución burguesa anglosajona –un apéndice, una condición de posibilidad de la misma, de su éxito, incluso.

Dicha empresa contó, por tanto, con entregados lacayos en la propia España, como José Joaquín Mora; un caso eminente y sobremanera digno de estudio precisamente por la dimensión americana de su apostolado, desgranada con detalle en sus distintos jalones (Argentina, Chile, Perú y Bolivia, desde 1827 a 1843) en el libro que nos ocupa, que nos ofrece una visión de conjunto única al contemplar ese período junto a los de su formación peninsular, su paso por Londres, y su madurez última. En sus páginas nos encontramos encarnado de una pieza, y como pocos en España, al perfecto ideólogo de aquel "Edén de los derechos humanos innatos" del que hablara Marx para desvelar la estafa del discurso liberal (inescindiblemente político y económico), y que resumía en las consignas "¡Libertad, igualdad, propiedad, Bentham!", las mismas que enarboló Mora durante toda su vida. De hecho, la inclusión marxista de Bentham resulta especialmente certera en el caso del gaditano; y no sólo porque tradujera y difundiera desde casi el comienzo de su carrera hasta sus últimos escritos la acomodación utilitarista de la moral y el derecho que promovió el inglés (y que promocionó su seguidor, sin sonrojo alguno, como equivalente al sentido de la moral y el derecho de la Roma clásica -p. 125- para mostrarnos lo degradada que estaba ya la formación y el debate intelectual riguroso en aquellos años en la península). Además, Bentham representaba una posición también en torno a la cuestión americana: "¡Libertad, igualdad, propiedad, emancipación!" A pesar de

haberse opuesto a la independencia de los Estados Unidos de Gran Bretaña (en la que no era un secreto que había participado decisivamente España a favor de los rebeldes) y de pronunciarse a favor de la ocupación británica de Australia, recetó al resto de potencias europeas con territorios en ultramar (Francia, Portugal y España, asimilando el status jurídico político y aun económico que tenían aquellos territorios en todas ellas) su abandono por su coste.

Una dimensión del pensamiento benthamita (por personalizar una tesis compartida en aquel ámbito: piénsese en Smith, por ejemplo) que no calibró Marx como pensador ilustrado que no dejó de ser: la del impacto que la adopción hispana de sus postulados "descolonizadores" –y sus derivadas económicas- tuvieron en el triunfo de la revolución capitalista anglosajona. Un tema que el trabajo seminal de Carlos Rodríguez Braun (*La cuestión colonial y la economía clásica. De Adam Smith y Jeremy Bentham a Karl Marx*, Madrid, 1989) permitiría haber encuadrado y seguir discutiendo desde premisas que no sean las propias que nos ha suministrado aquella historiografía, británica liberal o marxista. Y, así, el presente estudio –y es de suponer que el estudiado– pasan sin una línea sobre el mercado único destruido cuando se citan los esfuerzos posteriores para reconstruirlo (aun parcialmente); ni sobre los saqueos británicos a los tesoros americanos (1806, 1811, 1821, 1822) al tratar del respaldo de la moneda con metal; o sobre cómo se fijaba en la práctica desde Gran Bretaña tanto el precio de las materias primas que compraba –piénsese en el caso del cobre chileno, por ejemplo– como el de los productos manufacturados que vendían, al tratar teóricamente del problema arancelario y la defensa a ultranza del librecambismo; o sobre los tipos de interés exorbitados que les impuso aquella banca (cuyos representantes introdujo Mora mismo –p.184– en su período peruano), las comisiones abusivas sobre inversiones y descuentos, y el uso de la enajenación de recursos naturales infravalorados y sin consideración de derechos preestablecidos como pago para aminorar capital o intereses al comentar los problemas de financiación de las nuevas repúblicas… Cuestiones que textos como el de Julio Carlos González *La involución hispanoamericana* (Buenos Aires, 2010) o el de Ullate Fabo *Españoles que no pudieron serlo* (Madrid, 2009) (o más recientemente, ya después de la aparición de este libro, el breve *El negocio de las independencias americanas* de Giménez Balmori) habrían permitido igualmente enmarcar para ofrecer una mejor comprensión de aquellos procesos y decisiones en los que colaboró José Joaquín Mora.

Finalmente, como libro de historia del pensamiento económico, el presente permite también una reflexión nada desdeñable: cómo el naciente capitalismo fue un proceso de emancipación, sí, pero del elemento económico propio de toda sociedad y de toda política, de sus modos de producción, de sus redes de distribución, de sus ritmos tanto en lo uno y lo otro, forjados a lo largo del tiempo en los distintos lugares para atribuirles un valor ajeno a esas redes, usos y ecosistemas sociales. Lo que suponía, obviamente, una reordenación sociopolítica no sólo en el interior de las distintas comunidades afectadas en sus

distintos niveles, sino también global. El libro nos ofrece una pequeña ventana para contemplar cómo economías enteras, en el sentido griego y verdaderamente clásico del término, perecieron, en cuestión de años, a manos de lo económico, la Economía.

Por este lado, resulta de obligada lectura el cuarto apartado del libro, el dedicado al trabajo clave de Mora en Londres –prolongado en parte al trasladarse a la América hispana– al servicio de la industria editorial británica, que competía con la francesa para hacerse con el mercado editorial hispanoamericano. Y lo consiguió, haciéndose con la parte ideológica del pastel (para Francia quedó la cuestión de la formación del gusto), como muestran los autores del libro, gracias, en buena medida, a la laboriosidad y temple de Mora. Fue decisiva, por ejemplo, a la hora de introducir la ideología agrícola que venía de las islas (cercados, eliminación de usos comunales…, presentados como libertades, obviamente) contraria a los usos y supervivencia de los pueblos hispanos (tanto peninsulares como americanos, pues no hay que olvidar la influencia de aquel pensamiento en la justificación de la desamortización) que las leyes españolas habían respetado o habían creado (tierras comunales y de concejo, repúblicas de indios, resguardos…, contra los que estos catecismos económicos disparaban, sobre todo donde estas figuras habían arraigado más, como Colombia y el Virreinato de Perú o Argentina). Un punto que además retrata con peculiar agudeza al liberal como el pensador que vive, desde su origen, cabalgando contradicciones (que los autores del libro detectan en no pocas ocasiones –cf., v. gr., p. 113– y tratan piadosamente de dotar de una coherencia imposible, una constante en los libros de historia económica sobre el liberalismo clásico, como el ya citado de Rodríguez Braun). Como cuando Mora defendió, en el *Catecismo económico* de 1825, que toda actuación sobre una economía debía partir de los principios obtenidos de una recta comprensión su realidad para pasar, poco después (p. 81-85), a poner toda una economía nacional concreta al servicio de necesidades que no eran las propias (¿qué fue de Bentham y su interés?), sino impuestas desde el exterior, para ese comercio ajeno, desorbitado, que exigía, además, adoptar nuevas medidas en términos monetarios y productivos que permitieran a esa economía alinearse con las pautas y necesidades marcadas por aquella otra economía, la inglesa, y su división internacional del trabajo (cosa que Mora seguirá manteniendo cuando vuelva a España en la década de 1840, p. 208-209).

Los autores del presente libro han encontrado, pues, en José Joaquín Mora una mina para repensar, desde su origen, la verdad del origen del capitalismo (cuyo libre comercio se revela en él como dogma –p. 30– de una especie de fe sustitutoria a la que terminaría asociando, ya al final de su vida, la consecución de la paz mundial y la justicia social –p. 288-91–) y su relación cainita con la hispanidad, que sufrió en España no menos que en las nuevas repúblicas, como si hubieran seguido, con diferente intensidad y apariencia, una trayectoria paralela en el mismo tipo de colonizaciones, hipotecas y deudas. Nos presenta, pues, a uno de los oscuros protagonistas en el origen del paradójico triunfo del liberalismo del

que hablara Deneen, en todos sus frentes: en el de la destrucción de la comunidad (además de lo señalado, no hay que perderse sus proyectos de sustitución poblacional, que adelanta posteriores migraciones europeas y exterminios indígenas en los nuevos Estados americanos que terminará proponiendo también para España –p. 212–), el de la disolución de la virtud moral en la papilla de la conveniencia, los buenos sentimientos y el discurso sobre el progreso, y en el de la formación de una élite ávida de mantener su posición bajo nuevos dueños aunque eso implicase gobernar a expensas y contra los intereses de la mayoría. Enhorabuena y bienvenido sea.